

# Lorenzo García Vega

## EL EDIFICIO

El esquema se presenta así: largo edificio de apartamentos, blanco. Lugar: Coral Gables. Hora: doce del día. Detalle: con franjas negras, ventanas y puertas rosadas. Conjunto: entrevero: la arquitectura sureña del blanco edificio contrasta con el color rococó de las ventanas y puertas.

*Sueño diurno del Cuentista.* Ante este entrevero el Cuentista sueña un lacio relato plástico, lacio relato plástico donde el único personaje y el único argumento surgen de las vicisitudes de la visión. Sueño de un relato, pues, semejante al sueño de un plano, o de una plaza, o de un determinado lugar urbano.

*Plan del Cuento.* Será, se propone el Cuentista, el Cuento de un lugar: relato sin personajes ni argumento. En un primer momento, piensa el Cuentista en edificios y plazas del Chirico. Piensa..., pero rechaza esa identificación, ya que, en la muy caliginosa doce del día de una barriada, situada en una península, no es posible, sin con ello transgredir las más elementales leyes cuenteriles, superponer visión de edificio blanco con fachada rococó al espeso folletín surrealista del metafísico Chirico. La superposición, pues, sería un disparate y, lo que es peor, dificultaría el propósito de relatar un lugar preciso. Porque, observemos, no hay el propósito de ofrecer nada metafísico, ni nada de ese horrible menjunje que se califica como relato poético. Ni entreveros ni churumbela de géneros; la Metafísica ha de ser la Metafísica, la Poesía ha de ser la Poesía y, por tanto, el Cuento ha de ser Cuento, esto se dice el Cuentista. Pero..., claro, las cosas nunca son fáciles, pues, como ha podido ver el lector en el esquema que comienza estas páginas, lo que se propone, sin personajes ni argumento para ser contado, no es nada más, ni nada menos, que un lugar preciso, y este Cuento donde nada sucede, tampoco puede convertirse en sola descripción.

Brilla el mediodía. Desenvuelve el Cuentista, ante sus ojos, el plano de su Cuento, mientras, sin ningún matiz, con grandes paletadas se derrama el sol sobre el blanco —lechada— edificio que ostenta pueril y hasta desconcertante rosado rococó.

Así que el Cuentista, como ya se ha dicho, se propone, pese al difícil contenido de que sólo dispone, atenerse, rigurosamente, a la objetividad que implica una narración.

Pudiera, entonces, decirse el lector que ese propósito es algo así como la expresión verbal de un pintor; algo así, por ejemplo, como las vicisitudes que refería Duchamp. Pero no, no es eso, ni puede ser eso, pues el Cuentista, alucinado con su propósito, también se ha detenido en Duchamp.

¿Cómo se detuvo en Duchamp? el leyó sobre el “*Dar siempre o casi el porqué de la elección entre 2 o varias soluciones (por casualidad irónica, y entonces fijó esta cita:*

*Proyectando para un momento venidero (en tal día, tal fecha, tal mi-*

*nuto), ‘el inscribir un readymade’. Luego ya habrá tiempo de buscar el readymade (sin agobios).*

*Por tanto, entonces lo importante será ese relojismo, esa instantaneidad, como un discurso pronunciado en ocasión de lo que sea pero a tal hora. Es una especie de cita.*

*—Inscribir naturalmente esta fecha, hora, minuto, en el readymade como informaciones.*

*De ahí viene el lado ejemplar del readymade.*

Después, estudiando el Cuentista esta cita, terminó incluyendo en su Recetario del Cuento la siguiente observación: *Esto puede servir para trazar el paisaje —relato— que sirva de contexto tanto a una situación como a un objeto poético.*

Y, también, deslizándose el Cuentista por lo plástico de Duchamp, llegó hasta identificar como válido para su relato de un lugar, estas palabras del Chirico: “El terrible vacío que ha sido descubierto es la inmutable, inanimada y tranquila belleza de la materia”.

Pero, ya lo hemos dicho, como la visión del Chirico no es la visión del Cuentista, éste no se propondrá traducirla a términos narrativos. Así como, tampoco, pese a la ayuda que encontró en el Duchamp, pretenderá, como traducción de una visión plástica, llevar a cabo el Cuentista su relato.

Contar lo plástico, se dice el Cuentista, sería tan híbrido como intentar el relato poético: trazaría líneas o establecería planos de visión, pero no sería el Cuento, pues éste debe mantenerse, aun frente a un edificio blanco, con la sola pureza de aquello que se ve.

Pero ¿y si se revisara el fichero de la nueva novela francesa? Ahí está lo material de Robbe Grillet. Una celosía. Insecto cruzando, volviendo a cruzar, por pared blanca. Manos. Los ángulos de un portal.

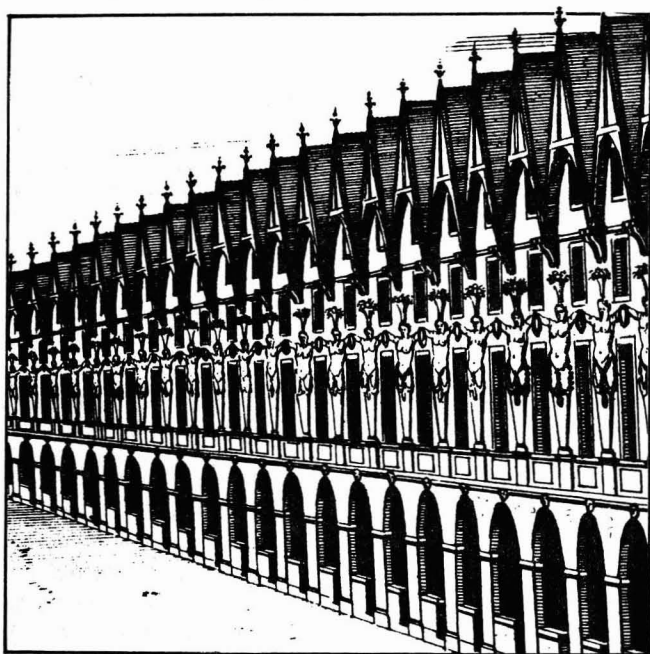
Piensa, sigue pensando, el Cuentista. El edificio blanco con rosado rococó quizá podría, como cuento, sostener la visión de la nueva novela. Sería cosa de detenerse, como camarógrafo a unas doce del día, frente a la paletada de luz que cae sobre el edificio. El Cuentista, sereno, iría, lentamente, pasando su visión por los lados del edificio, hasta que, logrado un buen momento narrativo, fijara, para así librarlo del desintegrado manchón blancuzco de la luz, lo justo de sus más nítidos límites.

¡Si hasta quizá, con ello, pudiera inventarse un personaje! ¡Si hasta quizá sería posible deslizarse, o insinuar, uno de esos fantasmales argumentos que en las nuevas novelas aparecen! Sería, así, un personaje María, sentada junto a una de esas ventanas del rosado rococó. Sería línea de hormigas que sube por perpendicular, blanca, del edificio. Como un parpadeo lo rococó, rosado, de la ventana, abriría y cerraría historia, apenas inteligible, que de cierta manera guardaría cierta relación con el personaje María, y esto mientras lo blanco, manchón, por un momento pareciera desbordar...

pero sin lograrlo, ya que, de inmediato, lo objetivo cuenteril —seca relación— de unas hormigas subiendo por una perpendicular, sabrían mantener al relato en sus justos límites.

Sí, quizás... El Cuentista se entusiasma con la posibilidad de la nueva novela. Sí, quizá se podría, para que el Cuento alcanzara mayor complejidad, intercalar doble del personaje María, o introducir al personaje Mirón. Pero ¿sería válido este intento?

Negros ahora, en este momento. Negros caminan por el césped, frente al edificio blanco. El Cuentista los observa. Negros, con carretilla llena de yerbas. Negro, uno, con machete: desmocha ramajes verdes. Y sopla, también, ligera brisa (lo hemos dicho: son las doce del día. Los vecinos estarán fuera, en sus trabajos.)



Así el edificio blanco de increíble rococó rosado se impone, más y más, a la mirada. ¡El edificio impone su inmediatez! Y ninguna Forma debe taparlo.

Pero con esto, amigo lector, ahora sí hemos llegado a un momento cuenteril hartamente complicado. Es que se trata, sin ninguna duda, de un nudo casi irresoluble. ¡Comprendan!

¡Cuentista quiere narrar un inmediato que casi no puede ser un inmediato!

Vuelvan a ver la situación: Cuentista emprende Cuento con sólo pequeño lugar, con limitado espacio de un edificio blanco. Así, Cuentista sin argumento, sin personaje y, lo que es peor, sin querer tapar su visión con el remiendo de una Forma dada.

Repetimos: negros trabajando en el césped, frente al edificio blanco. Pero, en el Cuento ¿qué podrían hacer esos negros?

Pues, como también hemos repetido, el Cuentista no puede soñar. Soñar sería, al convertirlo en derrame lírico, traicionar al Cuento. Pues un Cuento, dice el Cuentista, debe ser lo que siempre, de una u otra manera, comienza diciendo: *Había una vez...*

Pero... ¡Hay que evitar tantas Formas! Hay que evitar tantas Formas que, hay hasta que evitar la tentación de la No-Forma.

(Sonidos. Canción de uno de los negros que están en el césped. El Cuentista se revuelve con este contenido).

Sin embargo, ¡acude a su Recetario!, el Cuentista no se

arredra. Y así, pese a lo que pueda salir, se decide...

Revolviendo las fichas del Recetario, el Cuentista se detiene en el epígrafe *Pequeñas sensaciones*; encuentra, en ese epígrafe, un detalle, un recuerdo. El detalle-recuerdo es un pedazo de lugar: fragmento de calle, en un mediodía; luz cayendo, luz derramada; y allí, una extraña ambigüedad plástica recortándose ante la mirada: un desnivel.

(Era un desnivel, o sea, era una confusión de planos. El desnivel, primero percibido por la mirada e interpretado por la sensación, fue después sometido por el Cuentista, cazador de yerbas raras a la manera de un Botánico, a un proceso que se dividió en dos partes: a) disección y, b) una vez logrado lo anterior, inserción en la sección *Pequeñas sensaciones* del Recetario cuenteril).

Y, pues bien, frente al edificio blanco, ahora decidido, el Cuentista extrae su ficha, para comenzar el cuento con palabras que narran una extraña situación: edificio blanco, franjas negras, con ventanas y puertas rosadas, donde se percibirá, de inmediato, un curioso desnivel.

A partir, entonces, de este comienzo, extenderá el Cuentista su esquema. Un esquema en que la atmósfera, si se quiere, ha de ser lacia o seca, pero un esquema en que la atmósfera ha de tener la objetividad de las leyes cuenteriles. El Cuentista, pues, relatará lo que falta en ese pequeño espacio que contiene un edificio blanco. El Cuentista relatará lo deformado, el desnivel: contraste entre blanca arquitectura sureña y un rosado rococó de franjas negras. Y, finalmente, el Cuentista tratará de expresar los siguientes nudos:

1. Comienzo simple, sencillo —escuetas palabras—, donde se describirá edificio blanco y singularidad rococó.

2. Inserción de párrafo rigurosamente lógico —el Cuentista, antes de componerlo, deberá releer algunas páginas del *Discurso del Método*—, donde, con prosa que simule las exactitudes de un mecanicista, se señalará la naturaleza del desnivel que un personaje Observador tiene frente a sus ojos.

3. Después, sin solución de continuidad, desde su advertencia sobre un desnivel, personaje Observador tomará conciencia de la singular anomalía que implica el edificio blanco con decorado rococó. Pero, eso sí, al mostrar el desnivel y la anomalía, se mantendrá un exquisito tacto cuenteril: el lector, en ningún momento, deberá percibir la menor huella de desorbitación romántica o de alebrestada fantasía. Y, para lograr esto, desplegará el Cuentista esa textura de la crueldad que pudiese, también, servirle a un Cronista que relatará el frío funcionamiento de una guillotina.

4. El Cuentista, en todo momento, no olvidará la condición textual de las fichas que ha extraído de su Recetario.

5. Por último, a manera de deporte intelectual, y al margen del relato, se propondrá, el Cuentista, la meditación de una cuestión como ésta: ¿el desnivel, considerado en sus orígenes como cita literaria y reconocido, después, en unas doce del día, como sensación frente a un pedazo de calle, podría, desde su condición de ser proyección de un contenido onírico, probar que, también, los arquetipos junguianos son piezas literarias?

Así que, con lo dicho anteriormente, vemos que el Cuento está trazado. El Cuentista, afortunadamente, podrá cumplir con las reglas que se ha propuesto: no hay, salvo el fantasmal Observador, personajes ni argumento; se relatará, objetivamente, la deformación de un desnivel. Ejecución, pues, rigurosa y, por ello, satisfecho con su tarea, podrá el Cuentista, sin desviarse del lineamiento propuesto, insertar en el último párrafo la abreviatura de un divertimento: como fantasmales personajes de un Cuento que parodia a una Mecánica, aparecerán, de improviso, negros que recortan césped.